

Rosa Villacastín

LOS AÑOS
QUE AMAMOS
LOCAMENTE

AMOR, SEXO Y
DESTAPE EN LA
TRANSICIÓN



Una crónica imprescindible, atrevida y desvergonzada de la Transición española.

A Rosa Villacastín la echaron de casa cuando su madre descubrió que tomaba la píldora anticonceptiva. Corrían los años setenta y la mujer cargaba aún con los roles tradicionales de esposa, madre o amante. Pero los cambios que se avecinaban con la llegada de la democracia cambiarían drásticamente este panorama.

A caballo entre la crónica personal y social, Rosa Villacastín, testigo de excepción de una época en la que todo estaba por hacer, viaja en el tiempo para relatar en primera persona el espectacular avance en libertades sociales y sexuales que se produjo durante la Transición española.

Con el testimonio de algunas mujeres famosas que, desde diferentes ámbitos, lucharon por un país más libre, *Los años que vivimos locamente* es un libro muy divertido, plagado de historias y anécdotas (muchas hasta ahora desconocidas) protagonizadas por políticos (y sus amantes), periodistas, princesas ibicencas, musas del destape y otras celebridades, en torno al divorcio, el aborto, las fiestas y muchos otros temas que la nueva coyuntura introdujo en las costumbres de ocio, moda, sexo y amor de las españolas de la época.

*A todas aquellas personas que me han hecho
partícipe de determinados momentos de su vida;
algunos muy íntimos, otros que forman parte de
nuestra memoria histórica*

Por favor, no retoque mis arrugas.
Me ha costado años conseguirlas.

ANNA MAGNANI

Vivir es aprender a vivir.

SÉNECA

Prólogo

Cuarenta años después de las primeras elecciones democráticas en nuestro país, me pareció un buen momento para poner en marcha la moviola de mi propia memoria, convencida como estoy de que la Historia, con mayúscula, se ha escrito poniendo el foco en los grandes acontecimientos, casi nunca en las pequeñas vivencias, propias o ajenas. Algunas protagonizadas personalmente, otras por quienes, como yo, vivieron parte de su juventud durante aquellos años difíciles en los que teníamos prisa por pasar del negro al blanco. Momentos que merece la pena recordar, aunque sus protagonistas no siempre quieran que se utilice su nombre y apellido, por pudor o simplemente para no herir a quienes formaban parte de su vida en aquel entonces.

A todos los que me han hecho partícipe de sus recuerdos les agradezco el esfuerzo y la generosidad por facilitarme una información tan valiosa, que me ha ayudado a configurar un mapa emocional, sentimental, social y político de los años setenta y principios de los ochenta, en los que para la gente de mi generación todo estaba prohibido, por descubrir y por hacer.

Se ha escrito mucho sobre la España de Franco, sobre el sufrimiento de los vencidos y la ira de quienes, en vez de mostrar generosidad con los perdedores, optaron por la destrucción, ya fuera física o psicológica; también de la necesidad de hacer tabla rasa en un país donde las diferencias ideológicas y sociales estaban, y siguen estando presentes, en todos los ámbitos de la vida como un signo más de nuestra identidad. De ahí que una parte importante de la sociedad decidiera vivir y dejar hacer, pese a la falta de libertad de opinión y de tantas otras cosas de las que care-

cíamos, pero que logramos suplir con imaginación, incluso con humor, pero siendo conscientes de que tras la muerte de Franco ya nada iba a ser igual. Y no lo fue, aunque para llegar hasta ese punto hubo que derribar muros, leyes que nos oprimían, que impedían, sobre todo a las mujeres, conseguir el estatuto de ciudadanas de primera. Una lucha callada, silenciosa, sobre la que pretendo arrojar un poco de luz, entre otras razones porque siendo cierto que ganamos muchas batallas, algunas impensables, el esfuerzo que invertimos para conseguirlo fue enorme, me atrevería a decir que titánico.

A nuestras madres hay que agradecerles que propiciaran y apoyaran, desde el silencio y el sacrificio personal, esa aventura de la que sus hijas iban a ser protagonistas, con el fin de que pudiéramos obtener lo que para ellas fue un sueño imposible, creciendo como habían crecido en la sinrazón de una guerra civil y una posguerra que se alargó demasiado en el tiempo y que trastocó todas sus aspiraciones: emocionales, sentimentales, profesionales y educativas.

Durante muchos años la sociedad española vivió a caballo entre dos mundos bien diferenciados. Por una parte estaban los que vivían de espaldas a la libertad, a la democracia y a la igualdad entre hombres y mujeres, disfrutando de todo lo que la vida les ofrecía, que en según qué casos era mucho.

Otros, en cambio, tuvieron que luchar desde la trinchera de la desesperanza, desde ámbitos inhóspitos, para conseguir que nuestro país no fuera una mancha oscura en el mapa europeo. Quizá por eso el escritor Eduardo Mendicutti se refirió a la España de mediados de los sesenta hasta finales de los setenta como «un país de arte y ensayo». Vivimos una época convulsa en la que la luz se fue colando por las rendijas de nuestra vida, y nos convertimos en las protagonistas de acontecimientos que *a priori* no hubieran tenido mayor relevancia si no hubiera sido porque cualquier

avance, en el sentido que fuera, suponía un cambio, un pequeño cambio que nos permitía soñar.

Con el triunfo en Eurovisión, una española con tanto coraje como Massiel nos abrió las puertas de Europa, que hasta ese momento habían permanecido cerradas, al menos para una buena parte de las españolas. También Marisol contribuyó a hacer su propia revolución el día que apareció desnuda en la portada de la revista *Interviú*. A esta revolución el sociólogo José Antonio Marina la califica como «revolución de la apariencia», muy en sintonía con la importancia que en esos años se le daba a la vestimenta, al peinado, a la minifalda, a los biquinis, y por supuesto al nudismo y al destape, pero también a la incorporación de la mujer a las aulas y a la vida pública. Todo ello se fue imponiendo como un signo de liberación, que alcanzaría sus mayores cuotas de libertad con la llegada de la democracia y el triunfo del feminismo.

1

El país de las primeras veces

Eran las ocho de la mañana de un día otoñal de 1973. Me levanté de un salto porque me había quedado dormida, y lo primero que hice fue darme una ducha de agua fría e ir a la cocina a prepararme un buen café. Era la gasolina que me permitía empezar el día con ánimo, ya que tengo la tensión baja. Una práctica habitual que realizaba sin hacer ruido para no despertar a mi madre, ya que por aquel entonces vivía en su casa. Entretenida como estaba, no presté atención a la figura que se apoyó en el marco de la puerta. Empecé mi ritual de costumbre, que consistía en tomarme un café con leche y un suizo (en aquella época las dietas no habían entrado a formar parte de mi vida) y, ya con el estómago lleno, me tomé una pastilla que guardaba como oro en paño en una cajita plateada con el fin de que no se me olvidara que debía tomarla diariamente con el desayuno, ya que era la única comida que hacía siempre a la misma hora, y sigo haciéndola pese al transcurso de los años.

Estaba pensando en todo eso cuando escuché una voz imperiosa que me preguntaba:

—¿Qué estás tomando?

—Unas vitaminas.

—¿Qué clase de vitaminas?

Paralizada por la urgencia con la que mi madre me preguntaba, solo acerté a decir la verdad:

—Es la píldora anticonceptiva.

Para mi sorpresa, no había terminado la frase cuando se abalanzó sobre mí y, en un abrir y cerrar de ojos, se apoderó de la cajita de marras con tanta fuerza que a punto estu-

vo de tirarme al suelo. Con el preciado tesoro en la mano, salió disparada de la cocina donde había tenido lugar tan inaudito incidente y se fue directa a mi dormitorio. La seguí entre sorprendida y divertida, intentando articular mentalmente un discurso coherente, o todo lo coherente que se me podía ocurrir a esas horas de la mañana, teniendo en cuenta que los minutos iban pasando y yo tenía que terminar de arreglarme para ir al trabajo.

Entonces vi que tiraba de una vieja maleta que había en el altillo del armario, la ponía sobre la cama y empezaba a llenarla con la ropa que iba encontrando. Cuando ya la tuvo llena, la cerró de golpe y salió disparada hacia la puerta de la calle, no sin antes decirme mirándome fijamente a los ojos y señalándome con un dedo acusador:

—Fuera de mi casa. Aquí no vuelvas, de sobra sé para qué sirven esas pastillas, para evitar embarazos. A saber qué estarás haciendo para tener que tomar esa porquería...

Y así, sin más, me vi de patitas en la calle, con la maleta en una mano, el bolso en la otra, y a medio vestir con unos pantalones de campana cogidos al vuelo y una camisa, y con unos zapatos que encontré en la habitación antes de salir.

Tardé en reaccionar. Fue como si de golpe una apisonadora me hubiera pasado por encima. No entendía la reacción de mi madre; es más, la consideraba totalmente desproporcionada, teniendo en cuenta que era una mujer de mucho carácter, de prontos, pero bastante tolerante, que me apoyaba en todo o casi todo. Por ejemplo, me dejaba salir los fines de semana por la noche, algo inaudito en aquellos años, porque tenía un noviete, diplomático de profesión, que la había convencido de que no se preocupara porque estaba en buenas manos, y tan buenas, y que él mismo se encargaría de devolverme a casa sana y salva a una hora razonable. Halagada por la palabrería de Winston (así se llamaba el susodicho) aceptó la propuesta sin rechistar, siempre y cuando le dijéramos dónde estábamos y la

dirección, por si ocurría algún imprevisto, que pudieran localizarnos. No hay que olvidar que por aquel entonces no había móviles, solo teléfonos fijos y cabinas que funcionaban con monedas.

Preocupada por la escena que acababa de vivir en mi casa, me fui a la parada de taxis más cercana. Estaba vacía, ¡lo que me faltaba! Por fin llegó uno, y un conductor muy amable se bajó del coche, y después de guardarme la maleta me preguntó dónde íbamos.

Dudé unos segundos antes de darle la dirección de la casa de mi amiga María Choren, en la calle Bailén, en donde aterrizábamos siempre que teníamos un problema familiar o sentimental, sabiendo como sabíamos que nos recibiría con los brazos abiertos.

Aun a sabiendas de que María se levantaba más bien tarde, nunca antes de las doce del mediodía, me dirigí hacia su casa. Cuando toqué el timbre salió a abrirme «la bruja», que no era otra que la señorita de los niños, una mujer de mediana edad, de aspecto hostil, mal encarada, a la que María aguantaba porque quería mucho a sus hijos, a los que consideraba parte de su propia familia, y lo digo sin exagerar, de ahí que llevara tantos años con ella.

María era diseñadora de moda, aunque su gran pasión fue siempre la música. Tenía una bonita voz, pero con lo que hubiera ganado cantando no habría podido mantener a sus tres hijos, ni llevarlos a buenos colegios, ni vivir en una de las mejores zonas de Madrid, junto al Palacio Real. Un piso enorme que ocupábamos a menudo sus amigos del alma: Carmen Carro, actriz; Esperanza Lecea, diseñadora; Miguel Arribas, con quien se casaría años más tarde; Elías, que era el maestro de Torrelodones, y yo. Todos bastante bohemios y amantes de la vida buena.

Después de entregarle a «la bruja» la maleta, le dije que volvería más tarde porque pensaba quedarme allí unos días, no sabía cuántos.

Al volver del trabajo, María me estaba esperando, sorprendida por lo que le había contado la niñera pero intentando no sacar conclusiones precipitadas.

Después de ponerla al día y viendo lo alterada que yo estaba, trató de calmarme haciéndome ver que para las madres de la generación de la mía y la suya, la píldora anti-conceptiva era como mentarles la bicha, un medicamento prohibido en España que solo utilizaban las «muy avanzadas», o sea, las que no querían quedarse embarazadas pero mantenían relaciones sexuales con el novio. Ese no era mi caso, aunque prefería curarme en salud antes de que en una noche de ronda pudiera más el deseo que la cabeza. Y eso explicaba el enfado y la irritación de mi madre. Me aconsejó que la llamase y hablara con ella, pues con toda seguridad estaría tan disgustada como yo. Reconozco que me costaba trabajo dar el primer paso, porque me parecía absurdo que siguiera considerándome una adolescente, no solo porque no lo era sino porque hacía años que me ganaba la vida trabajando: por la mañana, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, y por la noche, de nueve a seis de la madrugada, en el diario *Pueblo*, dos trabajos bien pagados que me hubieran permitido independizarme.

¿Por qué no lo hice? Sinceramente, porque me encontraba muy cómoda viviendo en casa de mis padres y disfrutando de mi hermana, que era más joven que yo, pero sobre todo porque no tenía esa necesidad. Es más, estoy segura de que si la escena descrita no hubiera tenido lugar, yo hubiera seguido algunos años más en la casa familiar. Pero aquel estúpido incidente me dejó una sensación rara: me sentía injustamente tratada, incomprendida, atrapada en una tela de araña que me impedía ser yo misma.

Hay que situarse en aquellos años para comprender el respeto que le teníamos a nuestros padres y que carecíamos de libertad para hacer cosas que hoy se asumen con naturalidad.

Ni que decir tiene que mi padre, como todos los padres de aquella época, no se enteró de nada. Mi madre simplemente le dijo que en el periódico me habían enviado fuera de Madrid para hacer unos reportajes y que tardaría unos días en volver. Fue mi hermana Ángeles, que era una adolescente, la que convenció a mi madre de que debíamos hablar, argumentándole que si tomaba la píldora era porque me la había recetado el ginecólogo, ya que tenía inflamación de ovarios. Y que no se lo había dicho para no preocuparla.

Una mentira piadosa que coló, o no; eso es algo que nunca sabré con certeza porque nunca más volvimos a tratar aquel penoso asunto, ni ningún otro que tuviera que ver con el sexo o los anticonceptivos. En las familias de entonces nadie se atrevía a abordar esos temas porque la mayoría de los padres no sabían cómo hacerlo sin meter la pata, de manera que dejaban que lo aprendiéramos todo por el boca a boca, bien en el instituto, en la facultad o por radio macuto, que era la fórmula más habitual de adentrarnos en esas tierras movedizas a las que nos tenían prohibido acceder, y que solo las muy avanzadas se atrevieron a cruzar. ¿Cómo? Indagando en cuerpo ajeno sin saber qué consecuencias tendría, y esa no era la mejor manera de aprender qué había que hacer y cómo hacerlo cuando empezabas a sentir mariposas en el estómago. Resultado de una educación represiva, que era la que imperaba en la España del nacional catolicismo.

Yo, como el resto de mis amigas, lo aprendimos todo o casi todo a base de equivocarnos mil veces tratando de superar nuestra ignorancia con incursiones fallidas, con miedo, siempre a escondidas de nuestras familias, con sufrimiento unas veces y, otras, sin pensar en las consecuencias. Éramos atrevidas porque las cosas del sexo nos parecían una aventura sin fin, quizá porque vivíamos a caballo entre una época oscura, donde todo estaba prohibido, y otra que suponíamos iba a ser más luminosa y esperanzadora. Por

mi parte procuré salir airosa, sin demasiadas cicatrices, aferrándome al lado bueno de la vida.

HISTORIA DE LA PÍLDORA ANTICONCEPTIVA

Una de las razones que esgrimieron algunos ginecólogos españoles para no recetar la píldora anticonceptiva, o la terapia hormonal sustitutiva, era la ética profesional, que por supuesto respeto, pero también sus creencias religiosas, ya que la Iglesia ha sido la gran detractora de este y otros métodos anticonceptivos. De ahí lo difícil que era conseguirla, incluso en las farmacias autorizadas a venderla. Esto nos obligaba a comprarla en el mercado negro. Me explico: había amigos que iban a Francia o a Alemania y las traían por encargo, o médicos más aperturistas a quienes no les importaba recetarla, convencidos como estaban de que si una mujer no quería quedarse embarazada había que darle las herramientas necesarias para que no se quedase.

Crear que por tomarla te convertirías en una adicta al sexo o en algo peor demostraba una total falta de información. Esta ignorancia no beneficiaba a nadie, pero menos que a nadie a la mujer, a las jóvenes que empezábamos a despertar a la vida.

Habrà quien piense que los anticonceptivos es un invento moderno, un método novedoso, y efectivamente lo fue el formato: pequeñas píldoras que había que tomar durante 24 días al mes, sin olvidarla ni un solo día, y descansar una semana que es el tiempo que dura la menstruación; en cambio, las mujeres han utilizado métodos para evitar embarazos indeseados desde el principio de los tiempos, con otras fórmulas pero igual de eficaces.

En un estudio realizado por Carlos E. Alvia, titulado «Historia de la píldora anticonceptiva», explica que esta empezó a utilizarse hace cuatro mil años. Fueron los anti-

guos egipcios quienes la inventaron triturando semillas de granada que mezclaban con cera. Luego hacían pequeños supositorios que se introducían en la vagina, porque parece ser que esa fruta contiene un estrógeno natural que evita la ovulación.

Ya en la Edad Media se utilizaban condones que se hacían de forma más artesanal, con intestino de animal o piel de pescado, y en ocasiones con lino, lo que no parece que fueran métodos muy seguros por la cantidad de embarazos no deseados que se daban en aquella época.

No fue hasta 1901 cuando el fisiólogo Ludwig Haberland llevó a cabo la primera investigación seria sobre este asunto, demostrando que la menstruación se regula por unas hormonas que se producen en el cerebro y en los ovarios. Investigaciones que se repetirían a través de los años hasta que en 1956 el profesor Gregory Pincus y sus colegas, los doctores Min Chueh Chang y John Rock, de la Universidad de Harvard, realizaron los primeros estudios con píldoras en 60 mujeres voluntarias. Ese mismo año Pincus llevó a cabo otro estudio más ambicioso en el que participaron 6.000 mujeres. Lo realizó en Puerto Rico y Haití, con gran éxito. Finalmente, en 1960 una compañía americana introdujo el primer anticonceptivo oral en Estados Unidos.

Hay estadísticas que demuestran que en los años setenta tomaban la píldora aproximadamente más de cien millones de mujeres en el mundo, aunque su uso variaba dependiendo del país, la edad y la educación de las consumidoras. A partir del momento en que se comercializó, la opinión se dividió entre los partidarios de su utilización y los detractores, que pensaban que era mejor seguir utilizando el método Ogino, el cual regula ciclos de entre 26 y 32 días y consiste en evitar tener relaciones sexuales durante los días etiquetados como «fértil», y que daba como resultado una media de embarazos al año del 5 por ciento.

Alemania Occidental fue el primer país europeo en sacar la píldora anticonceptiva al mercado, poco después de

que lo hiciera Australia, lo que supuso una revolución sin precedentes porque las mujeres podían hacer el amor cuando y como quisieran sin temor a quedarse embarazadas.

Como nos ha ocurrido con tantas otras cosas, España tardó en incorporarse a lo que los científicos y los sociólogos consideran uno de los mayores avances en cuanto a políticas feministas se refiere. De ahí que las españolas no empezaran a utilizarla hasta 1975, alcanzando el medio millón ese mismo año, cifra que se duplicaría cinco años después, ya en plena Transición.

Que Adolfo Suárez fue un visionario lo demuestra el hecho de que, pese a ser católico practicante, en 1977 defendió la plena igualdad de hombres y mujeres. Así lo hizo constar en los Pactos de la Moncloa, con el apoyo de otros partidos políticos. Pactos en los que constaba la supresión de la Ley de Vagos y Maleantes, en la que se incluía a los homosexuales, así como la despenalización de los anticonceptivos y el adulterio, que castigaba con la cárcel a las mujeres que osaran poner los cuernos a sus maridos, mientras que si eran los maridos quienes se los ponían a sus mujeres el castigo era una simple multa. También se pactó la no discriminación por la filiación de los hijos, que afectaba muy especialmente a las mujeres y a los hijos tenidos fuera del matrimonio. Es muy posible que cuando Suárez pronunció aquella frase: «Hay que dar cobertura y transparencia legal a lo que es normal y habitual a nivel de calle», no fuera consciente de que muchas de esas leyes que aprobó cuando llegó al Gobierno poco o nada iban a gustar a sus votantes. Tampoco a algunos de sus socios de la UCD, como por ejemplo los demócratacristianos que lideraba Óscar Alzaga, perteneciente al ala más conservadora de todos ellos, y que estaban muy en sintonía con lo que pensaba la Iglesia católica más oficialista.

No quiero dejar de señalar a modo de recordatorio que la píldora anticonceptiva no llegó al mercado europeo has-